

Definiendo y teorizando el significado de comunidad de lugar en la era de la globalización

Xaquín Pérez-Sindín

INVESTIGADOR POSTDOCTORAL VISITANTE EN DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA
DE LA UNIVERSIDAD DE COPENHAGEN
INVESTIGADOR POSTDOCTORAL UNIVERSIDADE DA CORUÑA
xaquin.perezsindin@udc.es

Resumen: A pesar de tratarse de la típica palabra que, al igual que democracia, cultura o desarrollo, es fácilmente inteligible cuando es utilizada en el lenguaje cotidiano; la definición de comunidad en el seno de las ciencias sociales contempla algunas dificultades. El objetivo de este capítulo es el de hacer un breve recorrido por la evolución teórica de la palabra concepto “comunidad” en el discurso de la sociología, así como reflexionar sobre su significado en la era de la globalización e información. La conceptualización de comunidad o *gemeinschaft* de Tönnies como forma natural de relacionarse tuvo una enorme repercusión en el propio desarrollo de la disciplina. A medida que el flujo de interacciones entre los miembros de las comunidades tradicionales y el mundo externo se acentuó, no faltaron quienes quisieron dar por cerrado el viejo debate sobre industrialización y desintegración de la comunidad. Lejos de ser así, recientes desarrollos teóricos han supuesto una revitalización del concepto de comunidad y su capacidad para explicar procesos sociales contemporáneos. En este artículo propongo una definición de comunidad como lugar de identificación socio-espacial donde las interacciones se establecen, conscientemente, para, potencialmente, hacer frente a los efectos desintegradores de la globalización.

Palabras clave: comunidad, sociología, *Gemeinschaft*, Bauman, globalización, Ferdinand Tönnies

Abstract: *Despite being the typical word that, like democracy, culture or development, is easily intelligible when used in everyday language; the definition of community within the discourse of the social sciences contemplates some difficulties. The objective of this chapter is to make a brief overview of the theoretical evolution of the word "community" within sociology, as well as reflect on its meaning in the globalization and information era. Tönnies' conceptualization of community or gemeinschaft as a natural way of social relations had an enormous impact on the development of the discipline itself. As the flow of communications and exchanges between members of traditional communities and the external world increased, many wanted to conclude the old sociological debate around industrialization and community disruptions. Far from being so, recent theoretical developments have brought about a revitalization of the concept of community and its ability to explain contemporary social processes. The place-based community is a place of socio-spatial identification where interactions are consciously established to potentially face the disintegrating effects of globalization.*

Keywords: *community, sociology, Gemeinschaft, Bauman, globalization, Ferdinand Tönnies*

1. Introducción

Con frecuencia el término comunidad hace referencia a la mera concentración de individuos en un lugar determinado. Esta idea sería igualmente aplicable en el caso de animales y plantas desde el punto de vista de la ecología. Así es posible hablar de comunidades de aves, por ejemplo. Pero al margen del significado etimológico de la palabra, lo cierto es que su uso hace mayoritariamente alusión a la concentración de personas o instituciones. El diccionario de la Real Academia Española lo define, en algunas de sus acepciones, como “conjunto de personas de un pueblo, región o nación”, “conjunto de naciones unidas por acuerdos políticos y económicos”, como la Comunidad Europea; o “conjunto de personas vinculadas por características e intereses comunes” como “comunidad católica” o “comunidad científica”. De estas definiciones se deduce el carácter dual del término, en la medida en que puede existir en función de un espacio compartido o bien de unos intereses compartidos. Pudiendo darse el caso de que ambos coincidan. El diccionario de Oxford es aún más explícito a este respecto: “grupo de personas viviendo en el mismo lugar o teniendo una particular característica en común”. Por lo tanto, sería posible hablar de comunidades locales, en la medida en que se circunscriben a un espacio más o menos delimitado; y comunidades de interés, como comunidades de científicos, donde el espacio no es el elemento central. En cualquier caso, el uso más corriente del término hace énfasis en el hecho mismo de la concentración.

Sin embargo, existe otra connotación de la palabra que se refiere a la organización social entre los individuos que conforman dicha concentración. Y es precisamente esta connotación en la que se centran los esfuerzos desde la sociología. A pesar de tratarse de la típica palabra que, al igual que democracia, cultura o desarrollo, es fácilmente inteligible cuando es utilizada en el lenguaje cotidiano; su definición en el seno del discurso de las ciencias sociales contempla algunas dificultades. Como sugiere el antropólogo Cohen (2013), ha habido, a lo largo de los años, una gran resistencia a aceptar una definición satisfactoria. El objetivo de este capítulo es el de hacer un breve recorrido por la evolución teórica de la palabra concepto “comunidad” en el seno de las ciencias sociales y con especial atención en la sociología. Tras analizar su origen y evolución hasta nuestros días, se propone una nueva definición conceptual como resultado de la combinación de diferentes corrientes teóricas.

1.2. Origen del concepto en la sociología

El concepto de comunidad ya está presente en los textos de Aristóteles al hacer referencia a la sociabilidad del hombre. No obstante, sería a partir de la contribución de autores como Ferdinand Tönnies (Tönnies & Loomis, 2002) cuando experimenta

una mayor evolución como palabra concepto. Utilizado por primera vez en 1887, la comunidad o *Gemeinschaft* en alemán, hacía referencia a las relaciones sociales en una pequeña aldea aislada. Este haría referencia al tipo de organización natural del que hablaba Aristóteles en función de la sociabilidad del hombre (Álvaro, 2010). En otras palabras, la comunidad sería el resultado de la necesidad que el hombre tiene de relacionarse con los demás. En contraposición, el sociólogo alemán propone el término de sociedad o *Gesellschaft*. Se trataría del tipo de organización propio de los centros urbanos. Su carácter artificial hace referencia a la teoría de Hobbes sobre la insociabilidad del hombre y la necesidad de llegar a un acuerdo de paz (Op. cit.).

La comunidad o *Gemeinschaft* sería el resultado de la voluntad natural de sus miembros. Todo el mundo se conoce e interactúa en el día a día, y cada persona está involucrada en una red de familiares y amigos, además de compartir muchas cosas en común. Por el contrario, la *Gesellschaft* responde a un tipo de voluntad racional y donde los individuos actúan en función de su propio interés. Ambos conceptos son presentados por Tönnies como tipos ideales o herramientas analíticas para dar cuenta de las transformaciones sociales que darían lugar a la sociedad industrial y capitalista.

Su contribución habría tenido una gran repercusión en términos epistemológicos (López Meléndez, 2012). La inclusión del concepto de comunidad y su carácter no racional suponía la destrucción de la radical dicotomía entre razón y pasión. En efecto, el concepto de sociedad había nacido como producto de la razón, de la necesidad de un fundamento secularizado para el estudio de las instituciones. Este raciocinio estaría presente en la obra de autores como Locke, que empezaron a diferenciar entre la ley de la naturaleza y el contrato social que había dado origen al Estado, así como la necesidad de separación entre Iglesia y Estado. Las corrientes teóricas posteriores vendrían a soslayar cualquier componente no racional en su concepto de sociedad. Desde el propio Comte, quien defendió que toda sociedad cuenta con un sistema de opiniones comunes sobre la naturaleza y el hombre, hasta el concepto económico de Marx, quien consideraba que la sociedad no es más que las relaciones económicas entre los individuos. Algo parecido ocurriría con las teorías evolucionistas y de conflicto.

Al proponer el concepto de comunidad y su carácter no racional como componente de toda sociedad, Tönnies es pionero en superar la dicotomía entre razón y pasión. La sociedad no sería un producto exclusivo de la razón, sino el resultado de una polaridad en tensión de esta con relación a la pasión. En otras palabras, el sociólogo alemán propone ambos conceptos, razón y pasión, como conceptos antagónicos, pero que forman parte de toda sociedad. En esta empresa, también lo acompañarían otros clásicos como Durkheim (Merton, 1934)¹.

1. Aunque tal vez de forma menos explícita, también Weber presenta el concepto de comunidad como un componente de toda sociedad (Marinis, 2010). Lo hace además en contraposición al concepto de asociación. El

Durkheim elaboró una tipología de la sociedad que escapaba de los límites de la razón y dentro de la cual es posible encontrar la idea equiparable a la comunidad de Tönnies, como es la sociedad de solidaridad mecánica, caracterizada por la capacidad de cada persona de realizar la mayoría de los trabajos, existiendo una exigua diferenciación debido a género y edad. La solidaridad vendría dada por el hecho de compartir muchas cosas en común que producen un fuerte compromiso. De cualquier forma, la falta de interdependencia entre los miembros explica que se rijan por leyes de tipo represivas orientadas a la venganza. En contraposición estarían las sociedades de solidaridad orgánica que se corresponderían con las sociedades modernas. Estas se caracterizan por una mayor diferencia entre sus miembros debido a la división social del trabajo. La solidaridad en este tipo de sociedades vendría dada por la interdependencia de sus miembros en función de cuál es su rol dentro de la estructura social. Dicha interdependencia hace que, a pesar de existir una menor conciencia colectiva, las sociedades se mantengan unidas. Debido a esta interdependencia, la organización social estaría regida por leyes no represivas sino cooperativas y orientadas a la reparación del daño causado².

Por otro lado, la categorización hecha por Horton Cooley (1962) con relación a grupos primarios y secundarios o la distinción entre sociedad folk y la sociedad urbana de Redfield (1947), entre otras; han tenido una gran influencia de la dicotomía planteada por Tönnies. Lo mismo podría decirse de Talcott Parsons (2013), quien elaboró una tipología de colectividades posibles según la presencia de uno o más características que se expresan en dualidades antagónicas (Light, Keller, Calhoun, & Light, 1991): afectividad-neutralidad afectiva; colectividad-individualidad; particularismo-individualismo; calidad-prestación; difusión-especificidad. Las primeras se refieren a la idea de comunidad, mientras que las segundas se refieren a la de sociedad.

1.3. Debate sobre la persistencia de la comunidad

Las teorías de Tönnies darían lugar al que puede ser considerado como el primer gran debate en el seno de la sociología, como es el de la desintegración de la comunidad. Muchas investigaciones posteriores se centraron en dar respuesta a la pre-

primero daría cuenta de la acción sustancial, es decir, a aspectos como la cooperación o la solidaridad, mientras que el segundo sería fruto de la acción formal o racional en cuanto a los fines, es decir, instrumental (Op. cit.)

2. Si bien la antropología estructuralista (Lévi-Strauss, 1987) vendría a invertir dicha distinción. En primer lugar, en lo referente al tipo de leyes. Sería en los pueblos considerados primitivos donde prevalece la comunidad legislativa y cooperativa de la reparación, frente a las sociedades occidentales técnicamente desarrolladas, donde prevalece tanto la comunidad legislativa como represiva de la venganza (ver Foucault, 1979). En segundo lugar, se pone en tela de juicio la supuesta falta de interdependencia en las sociedades pre-modernas. El mercado matrimonial, las estructuras económicas de la comunidad y la familia representaban un todo orgánico organizado, equilibrado por sus propios mecanismos (Pérez, 2005)

gunta: ¿significan los procesos de urbanización/industrialización la desintegración de la comunidad?, ¿o por el contrario esta puede persistir en ambientes urbanos e industrializados?³ Muchos de estos estudios sobre comunidades a lo largo del siglo XX se centraron precisamente en la validación de su hipótesis.

Las contribuciones provenientes de la Escuela de Chicago fueron especialmente relevantes en este sentido. Autores como Wirth (2017) vendrían a apoyar las tesis de Tönnies. El tamaño, densidad y heterogeneidad de las ciudades hace que los contactos entre extraños sean enormemente superficiales, lo que puede dar origen a fricciones en cuanto las personas sienten que es muy difícil conseguir espacio y privacidad. Wirth relacionó la naturaleza impersonal de la vida de una urbe con la reproducción de graves problemas sociales. Cuando los individuos se sienten aislados y sin un apoyo emocional, son más susceptibles de experimentar colapsos mentales, depresiones e intentos de homicidio. En forma similar, una actitud indiferente hacia los demás puede permitir tasas crecientes de crimen, de delincuencia y de corrupción⁴.

Por el contrario, otros autores de la Escuela de Chicago vendrían a contradecir la hipótesis de la desintegración de la comunidad. Ya en la década de los veinte, autores como Harvey Warren Zorbaugh (2005) sostenía que los problemas sociales en las ciudades no se debían a la desintegración de la comunidad, sino que se trataba de un fenómeno mucho más complejo. Los problemas venían dados por la tensión creada entre la necesidad de cohesión de la comunidad y los límites que subyacen entre los diferentes grupos sociales en base a su status económico o racial. Cada área de la ciudad conformaría una nueva comunidad, con sus propias instituciones, costumbres, creencias, tradiciones, actitudes, sentimientos e intereses. Su interés se centraba, por el contrario, en la segregación física y social dentro de la ciudad, y de cómo la distancia entre comunidades generaba problemas sociales.

Las teorías sobre la persistencia de la comunidad en ambientes urbanos serían desarrolladas posteriormente por autores como Gans (1962). Gans evidenció la existencia de la comunidad descrita por Tönnies en ambientes urbanos. En 1957, alquiló un apartamento en el West End de Boston para observar allí la vida de primera mano. Se trataba de un distrito de clase trabajadora y de bajos ingresos con cerca de 7 mil habitantes. La mayoría pertenecían a la segunda y tercera generaciones de italo-esta-

3. Otro autor alemán, (Simmel, 2012), vendría a validar las teorías de Tönnies a principios del siglo XX. Simmel consideraba que la urbanización tenía efectos corrosivos sobre las relaciones sociales. En el medio urbano, las personas tienden a desarrollar una actitud de indiferencia con el fin de protegerse de los constantes estímulos, ruido y superpoblación que acaba produciendo agotamiento emocional. En consecuencia, los habitantes de las ciudades se vuelven más fríos y distantes que en las comunidades tradicionales.

4. Posteriormente, en el año 1978, Harvey Cholding vendría a demostrar que la densidad de población no es una causa primaria del crimen (Light et al., 1991) sino que se puede predecir mejor a través de factores como la mezcla racial o la distribución de la riqueza.

dounidenses. Gans encontró que el área distaba mucho de ser el área alienante que había descrito Wirth. Descubrió que se trataba de una comunidad con vínculos cercanos y perdurables y con las redes de apoyo mutuo propias de los pueblos pequeños.

Otro ejemplo parecido sería el encontrado por Suttles (1968). Este autor estudió a los habitantes del Near West Side de Chicago y también encontró algunas zonas que podían denominarse “aldeas urbanas”, utilizando el término de Gans. El distrito estaba claramente dividido en vecindarios étnicos italianos, mexicanos, negros y portorriqueños. Al igual que West End, este distrito estaba considerado una barriada, pero la vida allí no era la experiencia de soledad y alienación descrita por Wirth. Los negocios étnicos se habían convertido en centros de la vida social del vecindario. Las personas podían detenerse para bromear y chismorrear, discutir sus problemas y expresar sus opiniones. Era frecuente que un cliente abandonase el lugar sin haber comprado nada. Es decir, la transacción económica en sí pasaba a un segundo lugar. Posponer el pago por falta de dinero al contado era visto como algo normal.

En definitiva, tanto Gans como Suttles argumentan que la comunidad, tal y como es descrita por Tönnies, persiste a pesar de la urbanización. Incluso en zonas altamente urbanizadas es posible desarrollar un sentimiento de pertenencia en determinados barrios. No sólo eso, sino que a menudo comparten cierto ambiente étnico. Los residentes suelen ser inmigrantes de pequeños poblados rurales que mantienen el tipo de vínculos comunitarios en el entorno urbano.

También en la primera mitad del siglo XX los estudios sobre comunidades habían proliferado en Europa, especialmente en países como Inglaterra, Irlanda, Gales, Francia y Holanda. También el propio concepto de comunidad continúa su evolución. Ya a la altura de 1955 G.A. Hillery había identificado 94 distintas definiciones sociológicas del término “comunidad” (Murphy, 1989), dando cuenta de un cierto abuso en el uso del propio concepto, hecho que sería destacado en 1968 por uno de los más prominentes investigadores en este campo de la sociología como Norman Dennis y sus colegas (Dennis, Henriques, & Slaughter, 1969). El propio Dennis, después de haber sintetizado todas las anteriores definiciones, proponía la siguiente como el modelo más popular: “por un lado, a una aldea o zona rural, o bien el estilo de vida propio de la clase trabajadora existente en el centro de algunas ciudades y pueblos que simulan la vida tal y como fue en el pasado” (in Murphy 1989, p.32) De esta definición es posible extraer dos lecturas. En primer lugar, el hecho de incorporar la vida en los barrios obreros de las ciudades suponía ampliar el concepto de comunidad más allá de la vida en las aldeas. Fuera quedarían otras situaciones como los barrios étnicos descritos por Gans o Suttles, circunstancia que podría derivarse de la menor incidencia de la segregación racial en las ciudades europeas al menos hasta la década de los 70; así como una mayor preponderancia de la visión de la sociedad

en función de las clases sociales en Europa. En cualquier caso, el concepto de comunidad tönnesiano reducido a la aldea habría sido superado igualmente.

Décadas más tarde, autores como Claude Fischer irían todavía más lejos (1982). Fischer encontró otras formas de comunidad en el centro de las ciudades. Después de haber entrevistado a más de mil hombres y mujeres que vivían en lugares que variaban enormemente en su grado de urbanismo, concluyó que las personas tienden a buscar amigos en áreas geográficas más amplias. La distancia física entre amigos en ninguna forma debilitó los vínculos personales que formaban. En otras palabras, el urbanismo no supone la destrucción de la comunidad, sino que simplemente amplía sus fronteras geográficas dentro de las que se construía la comunidad. Asimismo, las relaciones tenderían a estar menos fundamentadas en la semejanza o pertenencia a un lugar o etnia y más en los roles de trabajo y en el compromiso con las asociaciones seculares, como los clubs, grupos de interés y las organizaciones cívicas. En definitiva, ya no sólo se trata de desposeer el calificativo de comunidad de los ambientes rurales, sino desposeerlo de su dimensión espacial.

1.4. Críticas y revitalización del concepto

El concepto de comunidad en la sociología clásica no ha estado exento de críticas. A pesar de ser presentado a menudo como un tipo ideal o herramienta analítica, no ha faltado quién ha criticado una visión excesivamente idealista del mismo. Tal y como llegan a afirmar autores como Norman Dennis, el uso del término comunidad en la literatura era a menudo utilizado por razones nostálgicas (Murphy, 1989), lo que limitaba la capacidad de este como herramienta analítica. Esto provocó no pocas críticas en el seno de las ciencias sociales. El uso del término se haría a menudo por motivos prácticos/ideológicos. El estallido de nuevas fuerzas sociales acabaría por arruinar el viejo orden social, por lo que era visto como una amenaza para el futuro de determinados sectores. El reclamo de la supervivencia de la comunidad tradicional no sería más que un control ideológico ante los cambios en las relaciones sociales (Davidoff et al., 1976 en Murphy, 1989).

El sociólogo británico Ray Pahl (1967) advertía de los problemas que rodean a la disciplina conocida como *community studies*. Pahl argumenta que aislar comunidades como si se fuesen sistemas separados se trataría de un ejercicio irreal en la sociedad urbanizada del siglo XX. Esto no sería posible si se asume que la vida de las personas está siempre formada por la combinación de procesos e influencias tanto locales como nacionales. Ligar patrones particulares de relaciones sociales a un *milieu* geográfico se trataría pues de un acto infructuoso. Es por este motivo que los estudios sobre comunidades rurales acabarían perdiendo credibilidad a partir del

decenio de 1970-1980, llegando a ser descrito, de forma un tanto injusta, como “un pobre sustituto sociológico de la novela” (Oxford Reference, 2015)

A este descrédito habría contribuido la también socióloga británica Margaret Stacey (1969). En uno de sus artículos publicado en 1969 bajo el título de “El mito de los estudios de comunidad”, Stacey propone el abandono de tal concepto y su sustitución por el de sistema social local. La población de las localidades que había estudiado estaba determinada por la combinación de influencias y procesos tanto locales como nacionales. Instituciones tales como los sindicatos o los salarios, rara vez eran de tipo local. Todo ello dificultaría la tarea de describir qué es lo que constituye una comunidad y quién pertenece a ella. El concepto de sistema social local vendría a considerar este tipo de aspectos. Lo verdaderamente distintivo en los estudios a nivel local sería la manera en que las instituciones o grupos de personas interrelacionan unas con otras. Los sistemas sociales locales sólo se formarían cuando coinciden varias relaciones sociales al mismo tiempo y en el mismo espacio. Es decir, sólo cuando existen vínculos entre grupos sociales, políticos, religiosos o de trabajo es cuando el sistema de estratificación social de base local se superpone al sistema de estratificación social a nivel nacional. El concepto de sistema social local tiene en cuenta la existencia de relaciones de conflicto que el concepto de comunidad negaba. Dicho conflicto podría manifestarse tanto dentro del sistema local como entre dos o más sistemas.

A pesar de su gran aporte, el impacto de su teoría sería limitado en años posteriores (Oxford Reference, 2015). En el momento de su publicación, la sociología urbana, disciplina dentro de la cual el concepto de comunidad había ocupado no pocos esfuerzos, estaba experimentando un cambio de rumbo alejado de la micro-sociología propio de los estudios sobre comunidades. A cambio, la atención se centraba en cómo los procesos macrosociales daban o se manifestaba en función de los diferentes emplazamientos. En otras palabras, la comunidad pasa de ser una unidad empírica a ser considerada como un indicador en el que se reflejan los procesos de cambio globales. Hubo entonces una reactivación del interés por los estudios de comunidad entre los sociólogos urbanos, esta vez bajo el nombre de *locality studies* (Oxford Reference, 2015). Esto se debe principalmente al interés de muchos investigadores a la hora de explicar las pautas de cambio social experimentadas en muchas regiones industrializadas de los países de economías avanzadas. Los procesos de des-industrialización experimentados por muchas de estas regiones han incentivado el estudio de las comunidades afectadas, los cambios en su estructura social, política y económica. Lo mismo podría decirse de la conversión de áreas de clase trabajadora de una ciudad en vecindarios urbanos de clase media y media alta o *gentrification*, la proliferación de barrios étnicos y/o multiculturales o la explosión demográfica experimentada por muchas poblaciones rurales como consecuencia de la instalación de grandes industrias en regiones remotas, principalmente a partir de la crisis del petró-

leo y por la necesidad de muchas economías avanzadas de incrementar su independencia energética.

Todos estos fenómenos motivaron un aumento en el interés por los estudios sobre comunidades hasta nuestros días. Baste decir que gran parte de los trabajos realizados han supuesto un gran avance en términos empíricos, pero han soslayado la difícil tarea de delimitar el significado conceptual de la palabra comunidad. Tanto es así que en la mayoría de las veces o bien se soslaya una definición estricta de la misma o bien se opta por asumir la definición aportada por clásicos como Tönnies. Una de las principales razones es atribuible a la falta de consolidación de los estudios de comunidades como subdisciplina dentro de la sociología. A pesar de su relevancia en las primeras fases de la sociología y a pesar de existir todavía numerosos departamentos y centros de investigación sobre el tema, se trata más bien de un campo de estudio común a otras disciplinas como sociología urbana, sociología rural, ecología humana o sociología ambiental, entre otras. Esto motiva que no siempre los estudios se autodenominen como estudios de comunidad, aunque sí podrían ser considerados si tenemos en cuenta la escala local de los análisis (Oxford Reference, 2015).

Finalmente, merece la pena destacar el desarrollo de la teoría de capital social por parte de autores como Coleman (1988), Bourdieu (1980) o Putnam (2000). El concepto de capital social se refiere, en su estado más elemental, al funcionamiento eficiente de grupos sociales a través de relaciones interpersonales, así como la existencia de un sentimiento de pertenencia y normas compartidas, confianza mutua y cooperación. A pesar de las diferencias tanto teóricas como metodológicas que separan a las diferentes teorías, todas comparten una visión dinámica del mismo (Plascencia, 2005), lo que sin duda invita a reconsiderar el potencial del concepto de comunidad como herramienta analítica. Todos ellos consideran el capital social como un conjunto de recursos susceptibles de ser creados, destruidos o mantenidos. Esto hace que la comunidad pueda ser vista como una realidad a ser construida. En un contexto de creciente individualización el mero hecho de compartir un espacio puede ser motivo suficiente para constituir una comunidad. De ahí se derivan conceptos como desarrollo comunitario (Bhattacharyya, 2004; Robinson Jr & Green, 2011, (Marchioni, 1999; Rezsohazy, 1988, 1991, entre otros) que buscan precisamente construir redes de actores comprometidos con actividades a través del asociacionismo o capital social en el sentido de Putnam.

1.5. Comunidades en la era de la globalización

La dimensión espacial no resulta determinante para poder hablar de la existencia o no de una comunidad en el sentido estricto. Como sugiere el concepto de “comunidad imaginada” de (Anderson, 1983), es suficiente con que esta sea imaginada por

sus miembros, sin la necesidad de una interacción cara a cara. En efecto, a medida que el flujo de interacciones entre los miembros de las comunidades tradicionales y el mundo externo aumentó, se diluyó la diferencia entre endogrupos y exogrupos. La dimensión espacial acabaría por perder peso en la definición de comunidades. Esto vendría a profundizarse con aspectos tales como la creciente transitoriedad como fruto de la flexibilidad laboral, así como la llegada de la era digital y el impacto de las redes sociales de internet en la forma de relacionarnos.

Sin embargo, esto no anula por completo la importancia de la dimensión espacial. Tal vez la pregunta sea ahora ¿cómo los individuos experimentan las comunidades basadas en compartir un espacio en común en un contexto de dominación del factor individual y alta transitoriedad? El concepto de “comunidad estética” de Zygmunt Bauman (2009) resulta suficientemente elocuente a este respecto. Se trataría de “comunidades listas para el consumo, comunidades instantáneas [...] que no requieren una larga historia, su característica común es la naturaleza superficial y episódica de vínculos que surgen entre sus miembros, “los vínculos son fríos y efímeros” (Bauman, 2009, p. 86). La manera en que muchas personas experimentan la comunidad hoy tiene mucho que ver con lo que él llama una “sociedad líquida” (Bauman, 2013). Esto se reflejaría muy bien en, por ejemplo, los esfuerzos cotidianos, intangibles, casi imperceptibles, de una familia en la construcción de un espacio de condiciones materiales, pero también de clima de confianza y de entendimiento comunal que se asemeje al ideal de hogar. En consecuencia, relaciones sociales débiles que no llegan a fortalecerse por el carácter efímero que le imprime, entre otros factores, el tiempo de residencia fruto de la flexibilidad laboral (González, 2007).

En contraposición, Bauman habla de “comunidades éticas” (2009), caracterizadas porque tejen unos compromisos fraternales, reafirmando el derecho de todos sus miembros a un seguro comunitario. Procura compromisos de largo plazo imposibles en las comunidades estéticas. Bauman reivindica la idea de comunidad ética como forma de recuperar espacios de identificación socio-espacial que faciliten la construcción completa de identidades y proyectos de vida duraderos. En otras palabras, las comunidades imaginadas podría ser hoy en día el principal referente en la construcción de identidades. Sin embargo, la ausencia de la dimensión espacial es vista como un inconveniente para su pleno desarrollo.

Para Bauman, la identidad del individuo en la era de la globalización estaría precisamente caracterizada por esta ambigüedad. Por un lado, la nostalgia por la comunidad tradicional y por otro, “conformidad absoluta con el ethos de la modernidad líquida” (González, 2007, p. 186). Es como si el individuo padeciese el dilema de desear al mismo tiempo la seguridad de un tiempo ido, evaporadas por el “resquebrajamiento de las estructuras que sostenían los vínculos en la modernidad sólida” (Op.

cit., p. 186), y las libertades procedentes de esa ausencia de ataduras en un tiempo presente vaporoso e inasible.

Es precisamente en este horizonte de búsqueda de identidad donde Bauman esboza su concepto de comunidad. Este es concebido como un “sitio de llegada, hogar milenario, consuelo de seguridades extraviadas, pero a la vez espacio excluyente de autoafirmación” (Op. cit.). Su concepto de comunidad ética vendría a aportar dichas condiciones, si bien, como el propio autor señala en repetidas ocasiones, la tendencia es precisamente la contraria. Son las comunidades estéticas las que proliferan en razón del proceso de individualización de la sociedad, lo que le lleva a adoptar una visión pesimista del devenir de la humanidad, lo que por otro lado lo acerca a otros sociólogos contemporáneos como Anthony Giddens, quien también considera que el hombre no se encuentra en condiciones de hacer frente a las fuerzas globalizadoras por sí sólo. Según Giddens, las nuevas situaciones problemáticas darían lugar a lo que él denomina como comunidades reflexivas (Bialakowsky, 2010). Esta escaparía del tipo de relaciones propias tanto del *Gemeinschaft* como del *Gesellschaft* y acabarían generando una comunidad en un sentido más activo y a menudo a través de “distancias espacio-temporales indefinidas”, como grupos de autoayuda (Giddens, 1991)

La novedad del concepto de Bauman en comparación con Giddens radica, sin embargo, en la importancia otorgada a la dimensión espacial. Este entendía el espacio como un elemento esencial para constituir no tanto comunidades en sí mismas sino comunidades cohesionadas que protejan plenamente al individuo de las fuerzas desintegradoras de la globalización. Teóricos como Augé, (2012) son todavía más explícitos a este respecto, “una relación se construye a través del tiempo y del espacio”. Para el antropólogo francés, su importancia radica, al igual que para Bauman, en su relación con la identidad, al tiempo que señala las nuevas tecnologías de la información como instrumentos de “identidad pasiva” que haría perder la dimensión del tiempo y del espacio.

En este punto, es interesante traer a colación la visión de Manuel Castells con relación a las nuevas tecnologías. Castells (2012) propone que ambas, uso de medios tecnológicos y relaciones espaciales, no tienen por qué estar necesariamente en contraposición. La vida “líquida” en Internet a la que hace referencia Bauman, podría guardar una estrecha relación con la vida en la comunidad, “internet es la conexión global-local, que es la nueva forma de control y de movilización social en nuestra sociedad” (Castells, 1997, p. 222) Castells escribe estas palabras teniendo en cuenta que los movimientos más importantes en este momento son movimientos de valores (ecologismo, feminismo, derechos humanos). Aunque estos funcionan a escala global, la gente tiene vivencias, construye valores, resistencias y alternativas en sociedades locales. Para Castells, internet permite, desde la vivencia local, oponerse a la globalización, a la destrucción del medio ambiente o violación de derechos humanos,

articulando proyectos alternativos locales mediante protestas globales. En definitiva, Castells vendría a sugerir que las redes sociales o la vida virtual podría contribuir a que comunidades estéticas transiten hacia a comunidades éticas en la medida en que sus miembros articulen proyectos alternativos locales, rompiendo así con el discurso que problematiza la relación entre el creciente uso de las tecnologías de la comunicación y la pervivencia de las comunidades basadas en lugares.

2. Comentarios finales

Se ha realizado una revisión del concepto de comunidad con el fin de definirlo y de facilitar su uso en el contexto de la era de la globalización. Dicha revisión parte de la definición aportado por autores clásicos como Tönnies hasta abordar visiones más actuales de autores como Bauman. La evolución de esta palabra concepto en el campo de la sociología ha tratado de hacer frente a las críticas surgidas hacia un concepto susceptible de no ser considerado como herramienta analítica. Así, hablar de comunidad local hoy en día requiere de una gran rigurosidad con el fin de incluir todos los actores y elementos que la componen. En un contexto de creciente globalización, esta tarea no resulta del todo fácil. Los viejos parámetros que definían el concepto de comunidad en base a la pertenencia a un espacio aislado y más o menos delimitado físicamente podrían no ser suficiente en un mundo global. La importancia de actores externos a la propia comunidad como empresas transnacionales o cualquier otro tipo de organización con influencia en la misma, pero sin presencia física, así lo sugiere. En este texto me propongo tender puente entre el concepto de comunidad ética de Bauman, las teorías del capital social y el concepto de sociedad en red de Castells (1999) con el fin de establecer nuevos parámetros que definan el concepto de comunidad.

En primer lugar, cabe preguntarse, ¿es el concepto de comunidad de Bauman equiparable al de Tönnies y, por lo tanto, susceptible de ser tachado de nostálgico? Lo cierto es que el sociólogo hace continuas referencias a este último como fuente de seguridad y reconocimiento, sin embargo, no está claro que la comunidad y los espacios de vida compartidos que él reivindica puedan ser equiparables a la comunidad descrita por Tönnies. Esta hacía referencia a sociedades pre-industriales donde el entendimiento compartido por todos sus miembros se da por descontado, no se construye ni se consigue al cabo de un trayecto, sencillamente está ahí y nadie osa hacer conciencia de ello, ya que de hacerlo se perdería el estado de inocencia que permite su existencia. Por el contrario, la comunidad es ahora vista como una realidad a ser construida a pesar de las fuerzas desintegradoras de la globalización y requiere una plena conciencia de sí misma. En segundo lugar, la seguridad que emana del carácter preconcebido de la comunidad preindustrial contrasta además con su carácter pre-determinista. En términos parsonianos, el estatus y el rol de sus miembros no

era adquirido por los individuos sino asignado en función de, por ejemplo, el tipo de familia en el que había nacido. Es decir, la comunidad brindaba seguridad, pero para ello sustraía espacios a la libertad y “la seguridad sin libertad equivale a esclavitud” (Zygmunt Bauman, 2009, p. 27). No parece estar claro que, tras el proceso de liberación experimentado hasta nuestros días, el individuo esté dispuesto a retomar ese camino, aún a costa de encontrarse sin seguridad. Más bien tenderá a construir nuevos espacios de identificación como forma de protegerse ante los efectos desintegradores de la globalización.

Al reivindicar la construcción de comunidades éticas, Bauman se acerca a las teorías del capital social y su visión dinámica sobre la comunidad (susceptible de ser creada, destruida o mantenida). Si el concepto de *Gemeinschaft* y su carácter no racional supuso en su día la destrucción de la radical dicotomía entre razón y pasión, la idea de comunidad como algo construible supone una visión más sofisticada, variable y multidireccional que se aleja de la dicotomía tonnesiana. Nada hace pensar que los residentes tengan un pasado común compartido. En realidad, el concepto de comunidad haría referencia al potencial de interacción entre los residentes de un área específica. El hecho de existir asuntos que afectan a todos, tales como la educación, la vivienda, la salud, el trabajo; sería motivo suficiente para una acción colectiva, lo que a la postre podría moldear valores, normas y conductas y acercar a personas con diferentes orígenes. En otras palabras, residir en una localidad específica no implica que se constituya una comunidad, pero sí se constituye cuando los residentes de un área geográfica específica se movilizan para actuar sobre los intereses colectivos orientados a nivel local.

Sobre esta base, el uso de tecnología de la comunicación no podría sino incrementar las posibilidades de interacción entre los individuos. La sociedad en red ofrece no sólo la posibilidad de interconectar personas que residen en un área geográfica más o menos delimitada, sino que tiene el potencial de interconectar a todos ellos con actores globales y nuevas fuentes de conocimiento e innovación social. En este sentido, el espacio prevalece como elemento estructurador de la comunidad, no necesariamente por el hecho de que todos sus miembros residan en el pero sí como fuente de identificación personal.

3. Bibliografía

- ÁLVARO, D. (2010). Los conceptos de “comunidad” y “sociedad” de Ferdinand Tönnies. *Papeles Del CEIC. International Journal on Collective Identity Research*, 1, 211. <https://doi.org/10.1387/pceic.20878>
- ANDERSON, B. (1983). *Imagined communities : reflections on the origin and spread of nationalism*, Londres: Verso.

- AUGÉ, M. (2012). Las redes sociales no harán la revolución. Entrevista a Marc Augé. *Revista de Cultura Ñ*.
- BAUMAN, Z. (2013). *Liquid modernity*, Cambridge: Polity Press.
- BAUMAN, Z. (2009). *Comunidad: en busca de seguridad en un mundo hostil / Zygmunt Bauman; traducción de Jesús Alborés*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- BHATTACHARYYA, J. (2004). Theorizing community development. *Community Development*, 34(2), 5-34.
- BIALAKOWSKY, A. (2010). Comunidad y sentido en la teoría sociológica contemporánea: las propuestas de A. Giddens y J. Habermas. *Papeles del CEIC. International Journal on Collective Identity Research*, 1, 1-30.
- BOURDIEU, P. (1980). Le capital social: notes provisoires. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 31(1), 2-3.
- CASTELLS, M. (1997). The power of identity. The information age: Economy. *Society and Culture*, 2(3).
- CASTELLS, M. (1999). *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- CASTELLS, M. (2012). *Viewpoint: Manuel Castells on the rise of alternative economic cultures*. Interview in BBC.
- COHEN, A.P. (2013). *The symbolic construction of community*, Londres y Nueva York: Routledge.
- COLEMAN, J.S. (1988). Social capital in the creation of human capital. *American Journal of Sociology*, (94), 95-120.
- DENNIS, N., F. HENRIQUES y C. SLAUGHTER (1969). *Coal is our life an analysis of a Yorkshire mining community*. London, New York: Tavistock Publications.
- FISCHER, C. S. (1982). *To Dwell Among Friends: Personal Networks in Town and City*. Chicago: University of Chicago Press.
- FOUCAULT, M. (1979). *Discipline & Punishment*. Nueva York: Vintage Books.
- GANS, H.J. (1962). *The Urban Villagers: Group and Class in the Life of Italians-Americans*. Nueva York: Free Press of Glencoe.
- GIDDENS, A. (1991). *Modernity and self-identity: self and society in the late modern age*, Cambridge: Polity Press.
- GONZÁLEZ, N. (2007). Bauman, identidad y comunidad. *Espiral*, 14(40), 179-198.
- COOLEY, C.H. (1962) *Social Organization: A Study of the Larger Mind*, Nueva York: Schocken.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1987). *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LIGHT, D., S.L. KELLER y C.J. CALHOUN (1991). *Sociología*. Bogotá: McGraw-Hill.
- LÓPEZ MELÉNDEZ T. (2012). De sociedad a comunidad: la teoría de la transición. *Reeditor. Red de Publicación y Opinión Profesional*.

- MARCHIONI, M. (1999). *Comunidad, participación y desarrollo* (Vol. 27). Madrid: Editorial Popular.
- MARINIS, P. de (2010). La comunidad según Max Weber: desde el tipo ideal de la *Vergemeinschaftung* hasta la comunidad de los combatientes. *Papeles Del CEIC*, 1, 1–36.
- MERTON, R.K. (1934). Durkheim's Division of Labor in Society. *American Journal of Sociology*, 40(3), 319–328. <https://doi.org/10.1086/216745>
- MURPHY, J. (1989). *Community and struggle: a sociological study of a village in the 1980s*. Doctoral dissertation, University of Warwick.
- PAHL, R.E. (1967). The rural-urban continuum: a reply to Eugenlupri. *Sociologia Ruralis*, 7(1), 21–29. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9523.1967.tb01043.x>
- PARSONS, T. (2013). *The Social System*. Londres: Routledge.
- PÉREZ, A.M. (2005). Review of Bourdieu's The bachelors' ball: The crisis of peasant society in Bearn. *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (109), 257–261.
- PLASCENCIA, J. (2005). Tres visiones sobre capital social: Bourdieu, Coleman y Putnam. *Acta Republicana: Política y Sociedad*, 4(4), 21–36.
- PUTNAM, R. D. (2000). Bowling Alone: America's Declining Social Capital. In *Culture and Politics* (pp. 223–234). Palgrave Macmillan US. https://doi.org/10.1007/978-1-349-62965-7_12
- REDFIELD, R. (1947). The Folk Society. *American Journal of Sociology*, 52(4), 293–308. <https://doi.org/10.1086/220015>
- REZSOHAZY, R. (). (1988). *El desarrollo comunitario: participar, programar, innovar*. Narcea.
- ROBINSON J.W. y G.P. GREEN (Eds.). (2011). *Introduction to community development: Theory, practice, and service-learning*. Los Ángeles: Sage.
- SIMMEL, G. (2012). "The Metropolis and Mental Life," 37–45. Londres: Routledge <https://doi.org/10.4324/9780203103333-10>
- STACEY, M. (1969). The Myth of Community Studies. *The British Journal of Sociology*, 20(2), 134. <https://doi.org/10.2307/588525>
- SUTTLES, G.D. (1968). *The Social Order of the Slum: Ethnicity and Territory in the Inner City*, Chicago: University of Chicago Press.
- Tönnies, F. y C.P. LOOMIS (2002). *Community and society*. Mineola y Nueva York: Dover Publications.
- Wirth, L. (2017). Urbanism as a way of life. In *The City: Critical Essays in Human Geography* (pp. 25–48). Taylor and Francis. <https://doi.org/10.1086/217913>
- Zorbaugh, H. (2005). The natural areas of the city. *The urban sociology reader*, 82–88.

